



**Diacronie**

Studi di Storia Contemporanea

**50, 2/2022**

**Miscellaneo**

---

## El factor católico en las guerras culturales en Belgica

Ángel Luis LÓPEZ VILLAVERDE

---

**Per citare questo articolo:**

LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis, «El factor católico en las guerras culturales en Belgica», *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea* : *Miscellaneo*, 50, 2/2022, 29/06/2022,

URL: < [http://www.studistorici.com/2022/06/29/villaverde\\_numero\\_50/](http://www.studistorici.com/2022/06/29/villaverde_numero_50/) >

---

**Diacronie Studi di Storia Contemporanea** → <http://www.diacronie.it>

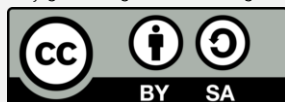
ISSN 2038-0925

Rivista storica online. Uscita trimestrale.

[redazione.diacronie@studistorici.com](mailto:redazione.diacronie@studistorici.com)

**Comitato di direzione:** Naor Ben-Yehoyada – João Fábio Bertonha – Christopher Denis-Delacour – Maximiliano Fuentes Codera – Tiago Luís Gil – Deborah Paci – Jean-Paul Pellegrinetti – Mateus Henrique de Faria Pereira – Spyridon Ploumidis – Wilko Graf Von Hardenberg

**Comitato di redazione:** Jacopo Bassi – Roberta Biasillo – Luca Bufarale – Luca G. Manenti – Andreza Santos Cruz Maynard – Çiğdem Oğuz – Mariangela Palmieri – Fausto Pietrancosta – Elisa Tizzoni – Matteo Tomasoni – Luca Zuccolo



**Diritti:** gli articoli di *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea* sono pubblicati sotto licenza Creative Commons 4.0. Possono essere riprodotti e modificati a patto di indicare eventuali modifiche dei contenuti, di riconoscere la paternità dell'opera e di condividerla allo stesso modo. La citazione di estratti è comunque sempre autorizzata, nei limiti previsti dalla legge.

---

# 1/ El factor católico en las guerras culturales en Bélgica

Ángel Luis LÓPEZ VILLAVERDE

---

**RESUMEN:** El propósito de este ensayo es situar el peso del catolicismo en las guerras culturales que han marcado los siglos XIX y XX en Bélgica partiendo del giro transnacional de los estudios del catolicismo. Se analizan los espacios deliberativos sobre la laicidad y el pluralismo religioso, los actores, retóricas y dinámicas políticas de sus procesos legislativos, así como el terreno de batalla, con la escuela, la fábrica y las identidades como debates que marcaron las fracturas políticas del país en diferentes momentos históricos, viendo en cada uno de estos clivajes el papel del factor católico.

\*\*\*

**ABSTRACT:** The purpose of this essay is to situate the weight of Catholicism in the culture wars that marked the nineteenth and twentieth centuries in Belgium on the basis of the transnational turn in the study of Catholicism. It analyses the deliberative spaces on secularism and religious pluralism, the actors, rhetoric and political dynamics of their legislative processes, as well as the battleground, with the school, the factory and identities as debates that marked the political fractures of the country at different historical moments, seeing in each of these cleavages the role of the Catholic factor.

---

## 1. Introducción

El sintagma «guerra cultural» tiene su origen en la *Kulturkampf* de la Alemania de Bismarck, fue reformulado a partir de la teoría de la hegemonía cultural *gramsciana* y ha sido recuperado recientemente por el pensamiento *neocon* en un sentido diferente, para combatir las ideas progresistas, impregnando sobremanera el actual discurso mediático y político.

Fuera de adherencias presentistas, su uso historiográfico empezó estudiando los conflictos religiosos del siglo XIX y fue ampliándose al marco de la Europa de entreguerras, con el propósito de insertar la religión en el choque de cosmovisiones modernas<sup>1</sup>. Las guerras culturales contemporáneas resultan consustanciales con las democracias liberales, en los procesos de construcción nacional e identidades políticas, a partir del conflicto entre secularización y tradición, y llegan hasta la actualidad, pues unas sustituyen a otras. Se generan cuando crece la polarización

---

<sup>1</sup> Cfr. WEIR, Todd, «A European Culture War in the Twentieth Century? Anti-Catholicism and Anti-Bolchevism between Moscow, Berlin, and the Vatican 1922 to 1933», in *Journal of Religious History*, 39, 2/2015, pp. 280-306; WEIR, Todd, «Introduction: Comparing Nineteenth and Twentieth-century Culture Wars», in *Journal of Contemporary History*, 53, 3/2018, pp. 489-502.

y se enfrentan marcos contrapuestos en lucha por la hegemonía de valores, creencias, memorias, identidades o prácticas sociales.

Aunque los episodios que más han centrado la atención historiográfica fueron muy violentos – fundamentalmente en Rusia, México o España –, se propone en este ensayo ir más allá de abordajes maniqueos, atender a las respuestas variadas de seglares y clero en pugnas culturales que no tienen por qué ir de la mano de la violencia física y valorar su papel en los procesos de nacionalización de masas. En este sentido, el caso de Bélgica aporta elementos valiosos. Por eso extraña que, pese a la innegable incidencia del catolicismo belga en el europeo, haya sido tan relegado en los debates historiográficos sobre el giro transnacional en torno al hecho religioso y sobre el binomio nación-religión<sup>2</sup>.

## 2. Actores, retóricas y dinámicas políticas<sup>3</sup>

### 2.1. El compromiso constitucional

La confluencia de liberalismo y catolicismo posibilitó la independencia de las provincias belgas en octubre de 1830. Los católicos, opuestos a las escuelas estatales del luterano Guillermo I, se asociaron con los liberales, cuyos intereses comerciales e industriales en el Reino de los Países Bajos veían lastrados. Burguesía y nobleza terrateniente, con el apoyo tácito del clero, fueron de la mano para acabar con la dominación holandesa.

La constitución del reino de Bélgica, aprobada el 7 de febrero de 1831, estableció una monarquía constitucional y una separación parcial, implícita, entre la Iglesia y el Estado, reconociendo cierta libertad religiosa junto a la de conciencia y de prensa, y con la libertad de enseñanza como pieza maestra del compromiso<sup>4</sup>. Con ese espacio de encuentro como comunidad política gozó de cierto equilibrio en las relaciones de poder entre dos universos simbólicos aparentemente contrapuestos en la Europa decimonónica, el católico y el liberal. Modelo alabado por uno de los pensadores católicos coetáneos más relevantes, el sacerdote francés Félicité Robert de Lammenais, por ser fruto de la alianza entre libertad, religión y nación, y aplaudido por los sectores liberales del catolicismo europeo, pues quebraba las tendencias regalistas y auguraba la independencia eclesiástica. Aunque encontró también sus detractores. El principal, Gregorio XVI, que condenó las libertades modernas y el liberalismo católico en su *Mirari Vos* (1832), una encíclica silenciada por los prelados belgas<sup>5</sup>.

---

<sup>2</sup> BOTTI, Alfonso, MONTERO, Feliciano, QUIROGA, Alejandro (eds.), *Católicos y patriotas. Religión y nación en la Europa de entreguerras*, Madrid, Sílex, 2013.

<sup>3</sup> Para la contextualización histórica, DUMOULIN, Michel, DUJARDIN, Vincent, GERARD, Emmanuel, VAN WIJNGAERT, Mark (dirs.), *Nouvelle histoire de Belgique*, Bruxelles, Complexe, 2005-2006.

<sup>4</sup> CARMONA FERNÁNDEZ, Francisco José, *Cristianismo IV. El mundo contemporáneo*, Madrid, Trotta, 2010, p. 43.

<sup>5</sup> MARTÍNEZ HOYOS, Francisco, *La JOC a Catalunya. Els senyals d'una Església del demà*, Barcelona, Mediterrània, 2000, p. 21.

La primera etapa del reino de Bélgica – el «período unionista», marcado por el entendimiento entre liberales y católicos – sobrevivió casi dos décadas por la ausencia de partidos políticos organizados, la necesidad de consolidar el nuevo reino frente a los enemigos internos o externos y la homogeneidad del bloque gobernante. La andadura conjunta de católicos y liberales resultó crucial para su independencia. Que el espíritu de tolerancia, pluralismo y separación de poderes fuera condenado por Roma no impidió que gobernasen de manera coaligada hasta 1847. Y la Iglesia obtuvo su recompensa en forma de privilegios. Aunque, tras el reconocimiento de su independencia en 1839 por el Reino de los Países Bajos y con el «orangismo» en plena retirada, el «unionismo» tenía sus días contados.

El nacimiento del Partido Liberal en 1846 marcó el arranque de un sistema de partidos consolidado. Con un programa redactado por el joven abogado liejés Hubert Joseph Walthère Frère-Orban, los liberales integraron desde la vieja generación orangista a los demócratas liberales, como partido de la burguesía urbana anticlerical, interesada en la independencia entre el poder civil y el religioso y promotora de ciertas reformas. En la oposición se situó la derecha católica y conservadora, aún dividida. El «postunionismo» se caracterizó por una alternancia gubernamental entre ambos. Y, desde 1847 a 1884, las divergentes interpretaciones de algunas disposiciones constitucionales provocaron tensiones en torno al hecho religioso<sup>6</sup>.

Durante su primera etapa de gobierno (1847-1870), los liberales pusieron bajo control estatal las fundaciones caritativas y secularizaron parcialmente los cementerios. Mientras los católicos denunciaban la legislación de los liberales por atentar contra la libertad, éstos reprochaban a aquéllos una adhesión a la Constitución más bien táctica, por su entusiasmo vaticano, tan hostil con el reino de Bélgica. Para enfriar un conflicto social creciente, se acordó en 1870 un marco legal sobre la financiación pública de los cultos (*temporel des cultes*), en vigor durante más de un siglo<sup>7</sup>. Un compromiso constitucional favorecido por la homogeneidad social de la clase dirigente y una política económica de corte liberal.

La división en el seno del liberalismo facilitó que los católicos gobernaran a partir de 1870. Sin embargo, la corriente ultramontana, influyente pero impopular, partidaria de un Estado confesional, perjudicó a los católicos durante las elecciones legislativas de junio de 1878. Los liberales, que pudieron rehacer su unidad sobre una plataforma anticlerical, regresaron al poder entre 1878 y 1884, los años de la «guerra escolar», etapa que sirvió para que el mundo católico recuperara cierta homogeneidad, en su combate contra el enemigo común. Las relaciones diplomáticas entre Bruselas y Roma se recuperarían tras la victoria de los católicos, quienes, tras superar su división, gobernarían durante tres décadas. Pero la formación de dos partidos típicos de

---

<sup>6</sup> MABILLE, Xavier, *Histoire politique de la Belgique: facteurs et acteurs de changement*, Bruxelles, CRISP, 1986, pp. 122-152.

<sup>7</sup> SÄGESSER, Caroline, *Le financement public des cultes en France et en Belgique: des principes aux accommodements*, in FORET, François (ed.) *Politique et religion en France et en Belgique*, Bruxelles, ULB, 2009, pp. 91-105, pp. 94-95.

la época fue cuestionada por el movimiento flamenco y el despertar del movimiento obrero en el marco de la segunda revolución industrial<sup>8</sup>.

## 2.2. Católicos al poder. El catolicismo político y social

El proceso hasta llegar a la unificación del catolicismo político fue largo y complejo, pero exitoso. Consiguió la mayoría electoral en 1884 y no la perdió hasta 1919, poniendo en marcha una serie de instituciones asistenciales especializadas que dieron una particular fisonomía al catolicismo belga. A su reunificación contribuyó, por un lado, la moderación de León XIII, quien, a diferencia de su antecesor en la cátedra de San Pedro, dejó de desautorizar a los católicos constitucionalistas – la derecha parlamentaria – y puso fin al debate doctrinal y político que mantenían con los ultramontanos para que todos los católicos defendieran una Constitución amable con la Iglesia. Y fue precipitada por el anticlericalismo del primer ministro liberal Frère-Orban y de su ministro Pierre Edouard Van Humbeeck (1878-1884).

Los católicos belgas tenían un modelo en el que mirarse, el *Zentrum* alemán, un partido de masas, de militancia transversal e ideología no necesariamente conservadora<sup>9</sup>. Para superar la tensión, ultramontanos y constitucionalistas pactaron un programa y una estructura común. Su victoria electoral en 1884 facilitó la creación del Parti Catholique-Katholieke Partij (PC/KP) controlado por los obispos, interesados en salvaguardar una victoria que era prueba del vigor de la unidad tras los fracasos repetidos durante medio siglo de dispersión<sup>10</sup>.

La mayoría católica mantuvo el poder sin alternancias tres décadas. Representó la reacción frente al socialismo y al viejo partido liberal y consiguió avances en la democracia burguesa. El Partido Católico se vería favorecido por el apostolado social en los medios obreros y en su seno acabaría surgiendo un movimiento democrático y social poderoso, que impulsó sindicatos cristianos con una fuerza notable<sup>11</sup>.

Con su *Rerum Novarum* (1891), León XIII se había propuesto frenar la «descristianización» de las masas trabajadoras y competir con la movilización obrerista desde sus propios parámetros. En Bélgica, uno de los países europeos más precoces en el catolicismo social, llevaban años practicando uno de corte paternalista y de tintes ultramontanos, como reacción a la política laicista del partido liberal y al socialismo naciente, a través de sociedades de socorros mutuos para obreros. Pronto ganarían terreno los sectores reformistas, que preferían la justicia social a la caridad, en los congresos de las obras sociales de Lieja (de 1886, 1887 y 1890). Pero sería en el Congreso de Malinas (celebrado el mismo año de la encíclica) cuando nacería la Ligue Démocratique Belge (LDB) que, tras

---

<sup>8</sup> MABILLE, Xavier, *op. cit.*, pp. 147-169.

<sup>9</sup> CUENCA TORIBIO, José Manuel, *Catolicismo contemporáneo de España y Europa. Encuentros y divergencias*, Madrid, Encuentro, 1999, pp. 78-80.

<sup>10</sup> MABILLE, Xavier, *op. cit.*, pp. 160-162.

<sup>11</sup> PIERARD, Louis, *Historia de Bélgica*, Barcelona, Salvat, 1953, p. 115.

superar ciertas tensiones, supuso la puesta del largo de la democracia cristiana dentro del *Parti Catholique*. Comenzó entonces un renovado repertorio movilizador basado en un conjunto de obras sociales para la elevación material y moral del obrero (desde las sociedades de socorros mutuos y círculos obreros hasta las cajas de ahorro, cooperativas, sindicatos obreros y ligas de intereses agrícolas o morales), un modelo bien pertrechado para hacer frente a los socialistas. Y serían los congresos de la LDB lugares de encuentro privilegiados para los pioneros del movimiento obrero cristiano<sup>12</sup>.

Un movimiento obrero que dio un salto adelante con el nacimiento en 1904 del *Secrétariat Général des Unions Professionnelles Chrésiennes*, a iniciativa del dominico Georges-Ceslas Rutten. El SGUPC fue un organismo permanente de propaganda sindical con el objetivo era hacer eficaz la acción social cristiana y superar las lagunas e insuficiencias de los organismos locales. Contó con el apoyo financiero y moral de ciertos notables católicos y obispos. El proceso de centralización continuó con la creación en 1909 de una Oficina central de la acción social, para integrar a trabajadores, agricultores y pequeña burguesía, y el reagrupamiento desde 1912 de todas las uniones cristianas en una sola *Confédération des Syndicats Chrétiens* (CSC). También hubo un *Secretariat General des Unions Professionnelles Féminines Chrésiennes*, que organizó un congreso sindical de mujeres en Bruselas en 1912, cuyos sindicatos se adherirán también a la CSC<sup>13</sup>.

Y como fue habitual en otros países vecinos, las tensiones dentro del catolicismo afloraron en Bélgica a inicios del siglo XX. Las bases para mejorar las relaciones entre el cristianismo y el mundo del trabajo fueron puestas por el cardenal Mercier (1851-1926) y su Escuela de Malinas<sup>14</sup>, con el impulso de patronatos y asociaciones dedicadas a la formación de jóvenes, fruto de un catolicismo de corte social, defensor de un salario justo que paliara el desamparo obrero respecto de los abusos del capitalismo y los apartara de la competencia socialista. No obstante, el cardenal Mercier, que empezó acogiendo el sindicalismo y la democracia cristiana con simpatía, terminaría por verlos una década después como elementos de discordia, cuando el sindicalismo cristiano buscara su autonomía.

---

<sup>12</sup> Ha sido habitual en Bélgica vincular el sintagma «democracia cristiana» al movimiento obrero, frente al paternalismo identificado con el «catolicismo social». Quienes consideran equívoca tal equiparación, suelen vincular el catolicismo social con la acción social católica, que no excluye el plano político, ni descuida el movimiento agrícola, el patronato o las clases medias, aunque ponga el acento en el movimiento obrero. Cfr. GERARD, Emmanuel, *El catolicismo social en Bélgica*, in PAZOS, Antón M. (coord.), *Un siglo de catolicismo social en Europa*, Pamplona, EUNSA, 1993, pp. 155-194, pp. 156-157.

<sup>13</sup> GERARD, Emmanuel, WYNANTS, Paul (dirs.), *Histoire du mouvement ouvrier chrétien en Belgique*, Leuven University Press, 1994, pp. 151-169, 325-339.

<sup>14</sup> CUENCA TORIBIO, José Manuel, *op. cit.*, p. 72.

### 2.3. La «cuestión social», sus retóricas y el impulso reformista de inicios del siglo XX

Bélgica, país pionero en la industrialización de la Europa continental, supo adaptarse a la segunda fase industrializadora, aunque no tanto como la vecina Alemania. Y la concentración económica provocó una mayor conflictividad obrera. Entre 1884 y 1886 se vivió una violencia desacostumbrada en su historia. Reprimida duramente, fue el caldo de cultivo para el nacimiento del Parti Ouvrier Belge (POB), el gran rival del PC/KP, que movió el foco desde el malestar de los propietarios a las duras condiciones del proletariado. Las agitaciones obreras de Lieja en 1886 fueron su carta de presentación. El POB apostó por el lenguaje de la moderación y la táctica de la legalidad, con el sufragio universal como objetivo prioritario<sup>15</sup>. De un realismo y un reformismo calificado de «congénito»<sup>16</sup>, no se llamó «socialista» para ampliar su implantación. Fundado por intelectuales, obreros y hombres de acción, se apoyó en una sólida red de cooperativas, sindicatos, mutualidades, sociedades de seguros y bancos. Y provocó la reubicación ideológica tanto de los medios burgueses como de los obreros, en su lucha por mejorar sus condiciones de vida.

De ahí arrancó también la llamada «cuestión social», que cambió el significado de la tensión derecha-izquierda. Aunque tan anticlericales como el POB, a diferencia de los socialistas, los liberales se identificaron con la clase dominante, sufriendo una escisión (Partido Progresista, 1887). Incluso el emergente movimiento flamenco tuvo que posicionarse, poniéndose del lado del catolicismo en el poder, en una asimilación que se acentuó con el tiempo, emergiendo así un cierto dualismo belga: flamencos clericales frente a valones socialistas. Y, de paso el Parti Catholique tuvo que adoptar un discurso democristiano injertado en el movimiento flamenco y en el sindicalismo cristiano<sup>17</sup>.

La «cuestión social» añadió a la división política existente (filosófica y religiosa) una nueva, entre clases<sup>18</sup>. Y generó tres tipos de retóricas, dividiendo a los católicos: la del miedo ante los obreros (de la burguesía, que incluía a liberales y católicos), la revolucionaria (POB y anarquistas) y la reformista (liberales progresistas y democristianos)<sup>19</sup>.

Ante la amenaza del orden social, el «discurso del miedo» relacionó miseria y violencia colectiva. La burguesía conservadora achacó las huelgas a la ignorancia y al vicio. Si los liberales lo atribuían al analfabetismo, los católicos lo achacaban a la carencia de instrucción religiosa o moral. A su juicio, los responsables no serían los obreros, ignorantes, sino sus manipuladores (extranjeros,

---

<sup>15</sup> VELASCO MESA, Custodio, *Los nombres de la «cuestión social»: discurso y agitaciones obreras: Lieja y Sevilla en el tránsito de los siglos XIX y XX*, Sevilla, Diputación, 2003, pp. 473, 511-518.

<sup>16</sup> PIERARD, Louis, *op. cit.*, pp. 113-114.

<sup>17</sup> STENGERS, Jean, GUBIN, Éliane, *Histoire du sentiment national en Belgique des origines à 1918*, t. II, *Le grand siècle de la nationalité belge: de 1830 à 1918*, Bruxelles, Racine, 2002, pp. 103-108.

<sup>18</sup> MABILLE, Xavier, *op. cit.*, pp. 175-186.

<sup>19</sup> VELASCO MESA, Custodio, *op. cit.*, pp. 63-111, 147-215.

socialistas y anarquistas). Apelando al mito del «buen obrero», laborioso, honesto y sumiso, su receta mezclaba la mano dura – en defensa del orden y de la propiedad – con una educación de las conductas.

La retórica opuesta a la burguesa pasaba por dos estrategias: la acción directa anarquista y la moderada socialdemócrata. Esta última fue la más exitosa. La táctica legalista del POB, basada en el control, unidad e integración del movimiento obrero en el sistema político, en defensa de un «orden social basado en la idea de Estado protector» y la ampliación del sufragio, lo convirtieron en un partido de masas.

El discurso «reformista», de la necesidad de reformar el orden social, partió de las voces disidentes de los partidos mayoritarios (liberales progresistas y católicos democristianos). Los primeros apostaron por reconciliar los antagonismos desde principios laicos, reforzando la democracia y las reformas fiscales, laborales y electorales. La corriente democristiana de la LDB prefería la «justicia social» a la «caridad» y buscaba el acuerdo social, aunque se dividió en dos posiciones: el modelo sindical mixto, de patronos y obreros, según el viejo corporativismo (liderado por Georges Helleputte); y el que resultó exitoso, de cooperativas o sindicatos estrictamente obreros (defendido por el abad Antoine Pottier) para alcanzar la paz social y hacer frente a su adversario socialista. Para Pottier, la cuestión social era, esencialmente, religiosa; por tanto, su respuesta pasaba por reafirmar la referencia cristiana en la sociedad y reconocer la utilidad de una organización autónoma de la clase obrera<sup>20</sup>.

El Gobierno se vio obligado a implementar una política social de «intervencionismo mitigado», que permitió la integración parcial de la clase obrera en el régimen liberal. Con la introducción del sufragio masculino en la primera reforma constitucional, de 1893, los antiguos mecanismos de exclusión fueron sustituidos por otros de integración y se vivió una ampliación de la democracia burguesa. La presión del movimiento obrero fue determinante para extender el derecho a sufragio, aunque quedara atemperado por el voto plural. Y el empuje del movimiento flamenco provocó la regulación del empleo de las lenguas en diversos campos. Incluso se reformó el servicio militar<sup>21</sup>.

El PC/KP parecía ir perdiendo fuelle electoral al final de la primera década del siglo XX. Pero cuando liberales y socialistas esperaban un cambio político para coaligarse, los católicos volvieron a reforzar su mayoría en 1912. Al año siguiente, el POB promovió una huelga general, secundada por ocho cientos mil obreros, en protesta contra el voto plural, que adulteraba el sufragio universal<sup>22</sup>. Estaba a punto de estallar la Gran Guerra, que alteraría todo.

---

<sup>20</sup> Cfr. JADOULLE, Jean-Louis, *La Question Sociale, une question religieuse avant tout. Réponse d'un démocrate-chrétien: Antoine Pottier (1849-1923)*, in ROSART, Françoise, ZELIS, Guy (dirs.), *Le Monde Catholique et la Question Sociale (1891-1950)*, Bruxelles, Editions Vie Ouvrière, 1992, pp. 47-66; ZELIS, Guy (dir.), *Les intellectuels catholiques en Belgique francophone aux 19e et 20e siècle*, Louvaine-La-Neuve, Presses Universitaires de Louvain, 2009, pp. VIII, 209-260.

<sup>21</sup> MABILLE, Xavier, *op. cit.*, pp. 171-186.

<sup>22</sup> PIERARD, Louis, *op. cit.*, pp. 118-134.

La adopción del sufragio universal masculino simple en 1919 y de un sistema de representación proporcional puso fin a tres décadas de gobierno católico, abriendo una etapa de ejecutivos de coalición y propiciando la aparición de nuevos partidos, a la izquierda y la derecha, en sus extremos. Por un lado, el Parti Communiste de Belgique (1921). En el otro, los nacionalistas flamencos del *Frontpartij*. El peso católico en Flandes contrastaba con el socialista en Valonia. Junto a la electoral, las principales reformas fueron laborales (jornada de ocho horas y negociación colectiva) y lingüística (supresión del bilingüismo en Flandes).

La reforma electoral otorgó mayor fuerza parlamentaria al POB, que participó en varios gobiernos de coalición y llegó a ser el partido más votado en las elecciones legislativas de 1925 y de 1936. Esta fortaleza política y el realismo de su movimiento obrero convirtieron a Bélgica en uno de los países donde más progresaron sus políticas sociales.

Mientras tanto, se abría un fuerte debate en el seno del catolicismo político de posguerra. Los católicos se enfrentaban a un mundo cambiante, con un peso en escaños similar a los socialistas, pero con un movimiento sindical mucho más débil que el de sus rivales, como reflejo del avance de la descristianización o secularización entre las clases populares. La división preocupaba a los obispos belgas, que apostaban por un partido católico unido y fuerte, que protegiera las libertades de la Iglesia, con un espíritu más pragmático que doctrinario, y contribuyera de manera práctica al catolicismo social. Para intentar limar las tensiones entre los sectores más conservadores y los democristianos, el antiguo partido se rebautizó en 1921 como *Union Catholique belge* (UC). Pero no trabó el armazón necesario para unir sus distintas facciones en torno a un programa común. Sus problemas de funcionamiento fueron constantes. Su crisis atravesó los tres lustros de su existencia. Cuando se constituyó la primera coalición católico-socialista (1925-26), los diputados católicos más conservadores llegaron a apoyar propuestas de la oposición liberal. Incluso se confeccionaron listas católicas separadas en algunas circunscripciones en varios procesos electorales. Y no solo había una fractura socioeconómica, también regional, lo que aceleró su fraccionamiento<sup>23</sup>.

Con un catolicismo político dividido – la UC perdió una cuarta parte de sus escaños en las elecciones de 1936 –, en un contexto de una «crisis de régimen» – que provocó una docena de gobiernos entre 1934 y 1940 –, el antiguo partido devino en Bloc Catholique (BC) mientras la apuesta de la Acción Católica por reaccionar ante al problema social alumbró procedimientos pastorales novedosos, como la Juventud Obrera Católica (JOC).

En sintonía con el catolicismo político, la Iglesia belga mostró su antipatía hacia el fascismo. Dos partidos competían en este terreno, el semifascista *Vlaamsche Nationaal Verbond* (VNV) y el católico y unitarista *Rex*<sup>24</sup>. La condena de la jerarquía se apoyó en sus recelos por lo visto en

---

<sup>23</sup> VOYÉ, Liliane et al. (dirs.), *La Belgique et ses dieux: églises, mouvements religieux et laïques*, Leuven, CABAY, 1985, pp. 93-97.

<sup>24</sup> Los nacionalistas católicos, unitaristas, monárquicos y corporativistas de *Rex*, cuarto partido más votado

Alemania e Italia y en el temor a que el fin de la democracia supusiera el de su privilegiada red de influencia tejida al amparo de la Constitución. El BC, nacido en octubre de 1936, se definía como partido popular y no confesional. Pero hubo que esperar a 1945 para que se completara la institucionalización católica real, con el Parti Social Chretien (PSC), de carácter aconfesional y basado en el principio de adhesión individual<sup>25</sup>.

#### 2.4. La cuestionada identidad de los belgas y la doble oferta política

La revolución e independencia de Bélgica, sus instituciones, una Constitución admirada, su desarrollo económico y su pionero desarrollo del ferrocarril fueron las referencias tradicionales para el orgullo patrio. Pero el sentimiento nacional belga, cuestionado o negado desde el exterior y construido desde el interior por sus autoridades, no tuvo un tratamiento sistemático fuera de su dimensión artística o literaria y no progresó al mismo ritmo en las ciudades que en el campo. Fue complejo convencer a los flamencos – que pensaban, hablaban y rezaban en neerlandés – que se habían convertido en belgas<sup>26</sup>.

En contra jugaba su deficiente papel internacional, pues Bélgica era un país pequeño, nacido al amparo de Francia y, sobre todo, de Gran Bretaña, con una neutralidad impuesta. Sin fronteras naturales, ni una gran historia nacional, su primera gran amenaza venía de Francia. Y desde 1870, la potencia amenazadora de su soberanía pasó a ser Alemania. Sin embargo, el peligro externo alimentó el sentimiento de pertenencia nacional. Y las previsiones pesimistas sobre su escaso porvenir se derrumbaron en 1914, al comprobar su capacidad para defender su identidad e independencia. La Gran Guerra gestó el mito del «heroísmo belga» y la «nación mártir» frente a las atrocidades alemanas. Y con el cardenal Mercier erigido en símbolo de la resistencia patriótica – por su pastoral sobre el sentido religioso de su lucha –, la guerra sirvió de coartada a un catolicismo nacional.

No obstante, el «patriotismo vivaz» de los cincuenta meses de ocupación alemana resultó hiperbólico. El país, dividido hasta entonces entre un norte pobre, agrario y de habla neerlandesa (Flandes) y un sur industrializado y francófono (Valonia), que miraba hacia Francia y a Alemania, sufrió las consecuencias económicas del período de entreguerras, lo que sumado a la posterior invasión nazi precipitó el declive de la industria belga<sup>27</sup>. En paralelo, se había ido reforzando la identidad flamenca, adoptando la fisonomía de un nacionalismo antibelga, y volviendo los comentarios sarcásticos sobre su unidad.

---

en 1936 – apenas un año después de su nacimiento –, que propugnaba el dominio de la Iglesia católica en Bélgica, pasó a ser más fascista que católico en torno a 1937.

<sup>25</sup> GERARD, Emmanuel, *op. cit.*, pp. 184-185.

<sup>26</sup> STENGERS, Jean, GUBIN, Éliane, *op.cit.*, pp. 17-33.

<sup>27</sup> JÄGER, Anton, «Regiones rebeldes», in *New Left Review*, 128, 3/2021, pp. 55-80, p. 69.

La historia de Bélgica experimentó una convulsión en mayo de 1940<sup>28</sup>. Al colaboracionismo de los secesionistas flamencos y de los *rexistas* con los ocupantes nazis hay que sumar el papel jugado por el Rey, que suscitó la llamada «cuestión real». La monarquía parlamentaria marcó los límites y contradicciones del sentimiento nacional. Si Alberto I (1910-1934) había sido representado como «Rey-soldado» o «Rey-caballero» durante la Gran Guerra, la figura de su sucesor, Leopoldo III (1934-1951), fue un factor de división social, por su actitud ante los nazis y su pronta capitulación. El Gobierno se refugió en Londres y el monarca fue apresado. Tras su liberación, se complicó su regreso, con dos grandes bloques enfrentados y debates apasionados entre monárquicos y antirrealistas, que coincidía con la posición clásica entre clericales y anticlericales. Mientras los medios católicos tomaban la defensa de Leopoldo como propia, la Union Démocratique Belge (UDB), una efímera fórmula laborista de colaboración entre democristianos y socialdemócratas, de base aconfesional y aspirante a cambiar las reglas del sistema político, adoptaba un tono *antileopoldista* moderado<sup>29</sup>. Las divergencias en la opinión pública llevaron a la Regencia del príncipe Carlos, hasta que Leopoldo transmitió en 1950 sus poderes a su hijo, Balduino I (1951-1993).

En la segunda posguerra, el intervencionismo estatal estableció un régimen de Seguridad Social y puso las bases del Estado de Bienestar, con los agentes sociales controlando los fondos de la SS y acordando aumentar la productividad a cambio de una negociación colectiva obligatoria, generosos sistemas asistenciales y la indexación salarial. Y su economía tuvo un pronto resurgimiento. Pero el crecimiento fue desigual. Desde los años cincuenta, la economía flamenca mostró su superioridad sobre la valona, paralelamente al mayor crecimiento demográfico de Flandes. El eje de gravedad económico se desplazó hacia el norte. Mientras Valonia se desindustrializaba, la estrategia de modernización gubernamental favoreció la reequipación del puerto de Amberes. En torno al delta portuario amberino creció un potente centro empresarial multinacional y la elite flamenca impulsó un plan ambicioso de economía del conocimiento, basado en el sistema universitario y potentes grupos de investigación. A su vez, la metrópoli de Bruselas se convertía en una ciudad proveedora de servicios y acogía a la creciente burocracia europea<sup>30</sup>. El cierre de minas valonas y el desarrollo industrial flamenco debilitó el sentimiento nacional belga. Se promovió entonces un doble federalismo. La descolonización del Congo contribuyó aún más a difuminar cualquier simbolismo nacional fuerte.

Pese a las expectativas creadas, la liberación del país no trajo grandes innovaciones institucionales destacables, sino ligeras adaptaciones<sup>31</sup>. En el plano político, tras un gobierno

---

<sup>28</sup> Una novela (CLAUS, Hugo, *La pena de Bélgica*, Madrid, Alfaguara, 1990) retrata el nacionalismo flamenco durante la Segunda Guerra Mundial, tan católico como reaccionario, bajo el lema *Alles voor Vlanderen, Vlaanderen voor Christus*.

<sup>29</sup> BEERTEN, Wilfried, *Le rêve travailliste en Belgique. Histoire de l'Union Démocratique Belge (1944-1947)*, Bruxelles, Charleroi, Vie Ouvrière, 1990, pp. 83-85.

<sup>30</sup> JÄGER, Anton, *op. cit.*, pp. 69-72.

<sup>31</sup> GERARD, Emmanuel, WYNANTS, Paul (dirs.), *op. cit.*, p. 469.

homogéneo volvieron los gabinetes de coalición desde 1947. Con la democracia cristiana del PSC, el catolicismo abrazaba la democracia y la libertad religiosa, con un programa defensor de la educación católica y de la familia, opuesto al aborto y orientado a la integración europea. Y junto a un partido católico fuerte y unitario, inspirado en las encíclicas y sostenido por los obispos, actuaba un sólido movimiento obrero cristiano, que actuaba con autonomía de la jerarquía para coordinar diversas organizaciones obreras (sindicatos, mutualidades, cooperativas, JOC), formando parte de la «pilarización»<sup>32</sup> belga y consiguiendo tal arraigo en el mundo profano que pudo superar en militantes al sindicalismo socialista<sup>33</sup>.

No obstante, las tensiones lingüísticas fueron dividiendo a los católicos. Siguiendo la estela de las protestas universitarias parisinas, los estudiantes flamencos exigieron la expulsión de la sección francófona de la universidad de Lovaina en 1968. Fue el detonante que provocó la descentralización política y la escisión del catolicismo en dos partidos, uno en Valonia (Parti Social Chrétien, PSC) y otro en Flandes (Christelijke Volkspartij, CVP), más a la derecha que su homólogo. Se aceptó también el pluralismo político para el movimiento obrero cristiano.

Otro de los grandes actores políticos, el socialismo, también cambió de nombre. El antiguo POB había dejado paso al Parti Socialiste Belge en 1945, con mayor apoyo social en Valonia. De corte socialdemócrata y europeísta, aguantó más tiempo su regionalización, pero en 1978, las cuestiones lingüísticas y comunitarias dividieron los caminos del valón Parti Socialiste y del flamenco Socialistische Partij. Los terceros en discordia, los liberales, tras el pacto escolar, intentaron atraer a los votantes católicos y se rebautizaron en 1961 como el Parti de la Liberté et du Progrès, que se bifurcó, a su vez, en 1971 en el PLP valón y el PVV (Partij voor Vrijheid en Vooruitgang) hasta 1992. Y desde los años cincuenta, otros partidos de corte nacionalista o regionalista entraron en escena<sup>34</sup>.

La separación gradual en dos partidos autónomos favoreció la vía electoral católica. Hasta fines del siglo, la democracia cristiana fue la principal familia política belga, aportando casi siempre su primer ministro y determinando la agenda política, aunque desde los años ochenta fuera perdiendo apoyos electorales a su derecha (liberales) e izquierda (ecologistas). Democristianos valones y flamencos compartieron y disintieron sobre aspectos programáticos y organizativos, debido a sus diferentes contextos regionales. Pese a que ambos mantuvieron la defensa del hecho religioso y de las ideas e intereses cristianos – en especial, la autonomía de las escuelas, la mayoría católicas, y hospitales –, los francófonos eliminaron en 2001 la referencia cristiana en el nombre del partido (rebautizado como Centre Démocrate Humaniste) y trazaron un nuevo programa basado en un

---

<sup>32</sup> Cfr. MÉNDEZ LAGO, Mónica, «El sistema de partidos belga: caracterización y evolución, 1958-1991», in *Revista de Estudios Políticos*, 89, 1995, pp. 313-344.

<sup>33</sup> GERARD, Emmanuel, *op. cit.*, pp. 184-190.

<sup>34</sup> De la Unión Popular (1954), federalista y nacionalista flamenco, se escindió el Bloque Flamenco (VB), de extrema derecha. Los valones crearon la federalista, progresista y pluralista Agrupación Valona (RW), que, a veces, colaboró y otras chocó con el Frente Democrático Francófono (FDF), representante de los intereses francófonos de Bruselas. Cfr. MÉNDEZ LAGO, Mónica, *op. cit.*, pp. 317-322.

humanismo democrático secularizado, a diferencia de los flamencos, que siguieron refiriéndose a los valores cristianos. Pero en torno a los debates más sensibles para la Iglesia, como el de la eutanasia (2002) o el matrimonio gay (2003), ambos partidos mostraron su sintonía con la doctrina eclesial. En cuanto a su relación con la sociedad civil, tanto el movimiento obrero cristiano como el de las clases medias o el agrario mantuvieron lazos formales e informales con el CVP, como su partido más cercano, pese a la «despilarización» y al progresivo debilitamiento del vínculo entre las organizaciones políticas y socioeconómicas cristianas<sup>35</sup>.

### 3. El terreno de batalla

#### 3.1. La «guerra escolar»

El ámbito educativo protagonizó en Bélgica los enfrentamientos más destacados del Ochocientos. Pero el modelo de laicidad belga facilitó que resultaran moderados, en consonancia con la disuasión ofrecida por dos universos simbólicos tan equilibrados en este país como el clericalismo y el anticlericalismo.

Durante el «unionismo», se tejió una tupida red de escuelas primarias y secundarias controladas por el clero. La Ley Nothomb (23 de noviembre de 1842) puso la primera enseñanza a cargo de los municipios, que debían mantener una escuela gratuita, y estableció la obligatoriedad de la doctrina cristiana en la escuela primaria. El peso creciente del catolicismo, sobre todo en Flandes, y la condena episcopal del liberalismo movilizaron a los grupos laicos. Simultáneamente a la instalación de la Universidad Católica de Malinas, transferida después a Lovaina, las logias masónicas apoyaron económica y socialmente el nacimiento de la Universidad Libre de Bruselas (ULB), fundada en noviembre de 1834, con el pensamiento krausista como inspirador doctrinal, en defensa de la libertad de enseñanza y del libre examen, amenazados en una sociedad mayoritariamente católica. Por su parte, la Liga de Enseñanza (LE), nacida a fines de 1864, tuvo como prioridades la obligatoriedad o gratuidad de la enseñanza y la enseñanza bilingüe, como instrumentos promotores de la igualdad social y defensa de derechos de los flamencos<sup>36</sup>.

La Ley Van Humbeeck de 1879, la segunda norma que regulaba la enseñanza primaria, impulsada por los liberales, revisó la anterior en un sentido laicizador y generó la «guerra escolar». Influida por la LE, obligó a cada municipio a tener una escuela oficial, laica y neutra, convirtió en obligatoria la enseñanza de la moral, siendo facultativa la Religión, y otorgó la concesión de diplomas de maestro a las escuelas normales del Estado. Calificada por los católicos como «Ley de desgracia»,

---

<sup>35</sup> VAN HECKE, Steven, GERARD, Emmanuel, *Christian Democratic Parties in Europe since the End of the Cold War*, Louvain, Presses Universitaires de Louvain, 2004, pp. 133-134, 147-158.

<sup>36</sup> MONREAL, Susana, «Krausistas y masones: un proyecto educativo común. El caso belga», in *Historia de la educación: revista interuniversitaria*, 9, 1990, pp. 63-76.

encontraron en ella un filón para fortalecer su unidad de acción. En el camino, encontraron el aliento de la jerarquía.

Con gabinetes católicos de forma ininterrumpida, hubo profundos cambios educativos entre 1884 de 1914. El principal fue la supresión del ministerio de Instrucción Pública. Y se aprobaron nuevas leyes educativas. Primero, la Ley Scholaert (1895), que subsidiaba la escuela libre (católica) y devolvía la obligatoriedad de la enseñanza religiosa. No obstante, hubo una cierta alternancia entre leyes de combate (como la Scholaert) y otras de compromiso (la Ley Pouillet, de 19 de mayo de 1914). Esta última declaró obligatoria y gratuita la enseñanza primaria, entre los seis y catorce años, dejó a los municipios la libertad de establecer escuelas francesas o flamencas, salvo en las poblaciones de la frontera lingüística y Bruselas, y repartió los subsidios entre escuelas oficiales y libres, obligando a los maestros de la red libre a ser diplomados y otorgando al Estado el control de sus programas<sup>37</sup>. En materia escolar, el conflicto religioso fue relevado entonces por el lingüístico, dada la mayoría demográfica flamenca<sup>38</sup>.

La evolución legislativa sobre la enseñanza pasó de un marco favorecedor del afrancesamiento de los flamencos a otro que impidió la penetración francófona en Flandes y fomentó la homogeneidad de la cultura flamenca en los tres niveles de enseñanza. La siguiente norma, la Ley de 14 de julio de 1932, optó por el regionalismo lingüístico, de modo que la instrucción en los centros públicos y subvencionados lo serían en el idioma de la región, aunque dejara al criterio de las escuelas libres organizar sus cursos en el idioma que eligiesen; y en Bruselas y la frontera lingüística, la instrucción sería en la lengua materna, según la declaración del padre. El regionalismo se acentuó en la Ley de julio de 1963, eliminando los cursos de adaptación contemplados en la norma de 1932 para los estudiantes minoritarios y acentuando los controles sobre la declaración paterna en la zona bruselense y fronteriza para impedir el afrancesamiento voluntario de su población flamenca. En secundaria, la evolución fue similar, desde el bilingüismo de la Ley de 15 de junio de 1883 al unilingüismo, con las leyes de 1932 y 1963. También la enseñanza universitaria pasó «desde el monopolio francófono hasta la paridad teóricamente perfecta»<sup>39</sup>.

Resuelto el tema lingüístico en el ámbito educativo, se dio carpetazo al religioso. El conflicto entre Iglesia y Estado en materia de enseñanza se zanjó con el «pacto escolar» de 1958, que estableció un «compromiso a lo belga», con la financiación de todas las religiones, el reconocimiento a las diferentes iglesias y la garantía de su separación respecto al Estado,

---

<sup>37</sup> MABILLE, Xavier, *op. cit.*, pp. 184-186.

<sup>38</sup> FERNÁNDEZ ALONSO, Isabel, «La prensa belga en el período de entreguerras», in *Historia y Comunicación Social*, 5, 2000, pp. 145-155, 145-146.

<sup>39</sup>La Ley de 31 de julio de 1923 introdujo la «flamenquización parcial» en la universidad de Gante, que pasó a ser total con la Ley de 15 de abril de 1930. La de Lieja quedó como exclusivamente francófona, mientras la Libre de Bruselas organizó cursos de flamenco y la católica de Lovaina tuvo un sistema bilingüe, duplicando las cátedras, hasta la expulsión de la sección francófona en 1968 y su instalación en Lovaina-la Nueva, en el Brabante valón, salvo la Facultad de Medicina, en Bruselas.

posibilitando su coexistencia pacífica. Desde entonces, y volcado en la actualizada Constitución belga, se reconoce la libertad de enseñanza y las escuelas públicas ofrecen la posibilidad de escoger entre la educación religiosa de los cultos reconocidos o la moral no confesional. Mientras en la laica República francesa ninguna religión es financiada por el Estado, ni tiene acceso a la escuela, en Bélgica todas tienen financiación estatal y son enseñadas en la escuela pública, salvo en zonas rurales donde no alcancen un número determinado de fieles. Aunque es un modelo sometido a debate en la actualidad, como se comentará luego.

### 3.2. La conquista de la fábrica y las redes transnacionales de la JOC

Nacido en un ambiente cristiano, Joseph Cardijn (1882-1967) se formó intelectualmente en Lovaina y completó su bagaje en contacto con el catolicismo social francés y, en especial, con *Le Sillon*, un movimiento de educación popular que buscaba el encaje del cristianismo en la democracia y la reconciliación de los obreros con el cristianismo. Pese a ser condenado por Pío X, Cardijn simpatizó con ese catolicismo joven y dinámico. Y como entendía el mundo del trabajo como colaboración del ser humano en la obra de la creación, la Iglesia debía humanizarlo y cristianizarlo, para llevar a Dios a las fábricas.

Se han mitificado en exceso los orígenes obreros de Cardijn<sup>40</sup> teniendo en cuenta una mentalidad como la suya, tan antiliberal y antisocialista, defensora de un orden social corporativo y cristiano. Pero resulta innegable su contribución para que los jóvenes obreros aceptaran a la Iglesia así como su capacidad para fomentar una red transnacional que permitió una lucha democrática anclada en el asociacionismo de los seglares católicos, jóvenes y obreros. Su metodología a través de la acción («ver, juzgar y actuar») acabó descolocando tanto a la izquierda – por amarillo – como al catolicismo tradicional – lo acusó de revolucionario<sup>41</sup>.

Su nombre está ligado a la Juventud Obrera Católica, nacida en 1925, seis años después de su predecesora, la Juventud Sindicalista. La JOC suscitó cierta inquietud al principio. El *jocismo* se convirtió en un nuevo estilo evangelización, una suerte de universidad para sus militantes, que basó su éxito en el orgullo mesiánico proporcionado a los jóvenes obreros, que debían convertirse en misioneros de los trabajadores, una forma avanzada de organizarlos para lograr la emancipación de la clase obrera. Aunque resultó un movimiento ambivalente<sup>42</sup>: por un lado, sus protagonistas, los laicos, debían someterse a las estructuras eclesiales; por otro, debían implicarse en la defensa de la

---

<sup>40</sup> SANZ FERNÁNDEZ, Florentino, «La Juventud Obrera Cristiana: Un movimiento educativo popular», in *Historia de la educación: Revista interuniversitaria*, 20, 2001, pp. 95-115.

<sup>41</sup> MARTÍNEZ HOYOS, Francisco, *op. cit.*, pp. 21-45.

<sup>42</sup> MARTÍNEZ HOYOS, Francisco, «Cardijn. Apuntes para una biografía», in *El Catoblepas. Revista crítica del presente*, 189, 2019, URL:-< <https://www.nodulo.org/ec/2019/n189p11.htm> > [consultado el 21 junio 2021]. Cfr. VAN LEEUW, Claire, *Joseph Cardijn. Au nom des jeunes ouvriers*, Namur, Fidélité, 2017.

clase obrera, entrando en contacto con organizaciones obreras anticlericales y de izquierda, pero, a la vez, debían solidarizarse con otros católicos.

En la apuesta de la jerarquía para frenar la secularización, la JOC se integró en un bloque sólido de obras políticas, sindicales, culturales y cooperativas, a semejanza de los socialistas, convergiendo de esta manera movimiento obrero y democracia cristiana. Y tras la muerte del cardenal Mercier, sirvió de puente entre el movimiento obrero y la AC, integrando más al primero en el mundo católico y ampliando la apertura social de la segunda<sup>43</sup>. Que incomodara a los políticos católicos su colaboración puntual con las reivindicaciones socialistas y comunistas no impedía mostrar sus diferencias con aquellos, pues se presentaba como un muro de contención contra la revolución.

La detención de la cúpula *jocista* convirtió a Cardijn en una de las víctimas de la persecución nazi. Y la muerte de Fernando Tonnet y de Paul Garcet, cofundadores de la JOC, en el campo de concentración de Dachau, vino a demostrar que era un movimiento combativo, pese a que el propio Tonnet venía criticando desde hacía tiempo la deriva de la organización hacia cuestiones morales y religiosas, relegando las reivindicativas.

Por otro lado, se han descubierto aspectos relevantes sobre la financiación de la JOC que no dejan en buen lugar a su líder. En 1950, con motivo de la celebración del XXV aniversario de su primer congreso nacional, se habían extendido tanto sus redes transnacionales que era ya un potente movimiento global, donde los belgas, iniciadores del *jocismo*, llevaban el peso de su estructura. Para cubrir sus crecientes necesidades, requería de una financiación adicional. En 1951, Cardijn viajó a Estados Unidos para buscar fondos en las fundaciones Rockefeller y Ford. Presentaba como tarjeta de visita el poderoso instrumento para combatir el comunismo que representaba la JOC. La fundación Rockefeller financiaba en secreto todo tipo de actividades anticomunistas, en connivencia con la CIA. Como avalista actuó el ministro de Asuntos Exteriores belga Paul Van Zeeland. Se concretó en 2.500 dólares a través de la Sociedad para la Propagación de la Fe, para implantar el *jocismo* en el Congo belga. Aunque la nueva petición en 1953 parece que no fue atendida<sup>44</sup>.

Su influencia no pasó desapercibida con los nuevos aires vaticanos. Cardijn expuso a Juan XXIII la necesidad de una encíclica de temática social, para que la Iglesia abordara la problemática del mundo del trabajo. Y *Mater et Magistra* (1961), una de las más decisivas del siglo XX, respondió a esta idea. Junto a *Pacem in Terris* (1963), el mundo católico pasaba de la concepción tradicional de «sociedad perfecta» a la autoconciencia de «pueblo de Dios» y a la inserción de la Iglesia en la sociedad moderna, aceptando la autonomía y libertad del sujeto<sup>45</sup>. Una distinción de planos complicada de entender por los propios católicos.

---

<sup>43</sup> GERARD, Emmanuel, *op. cit.*, pp. 171-184.

<sup>44</sup> MARTÍNEZ HOYOS, Francisco, *op. cit.*

<sup>45</sup> CARMONA FERNÁNDEZ, Francisco José, *Op. cit.*, pp. 35-38.

Su labor tuvo recompensa. En 1965 fue creado cardenal por Pablo VI. La paradoja es que le llegó cuando la JOC entraba en crisis pues no había logrado abandonar, pese a todo, el viejo clericalismo. Y no fue la última contradicción. Que Cardijn mostrara sus cartas anticomunistas durante la Guerra Fría ha quedado en evidencia. Pero su expansión *urbi et orbi*, como organización transnacional, le llevó a plantearse el problema de la paz en tiempos tan convulsos. Entre el totalitarismo soviético y la democracia occidental, por imperfecta que fuera y podrida por el capitalismo, tenía clara su opción. Así le contestó a un antiguo militante objetor de conciencia, ante la perplejidad de un sector del *jocismo*. Pero en los últimos años se embarcó en una campaña de protesta contra la guerra de Vietnam, que provocó que la jerarquía vietnamita le impidiera visitar el país, como tenía previsto y correspondía a su liderazgo global, en 1967. Recibió cartas de protesta y telegramas de dimisión de otro sector de militantes, acompañado de campañas de prensa de desprestigio contra su líder. Moriría poco después, antes de que la crisis postconciliar afectara a la JOC, que ha sido calificada como el último gran movimiento apostólico adaptado a los tiempos de cristiandad, para conquistar la juventud obrera hacia Iglesia en un mundo que aún no se había secularizado. Sin embargo, en los sesenta, el espíritu triunfalista y proselitista estaba ya fuera de lugar<sup>46</sup>.

### 3.3. El conflicto identitario y el compromiso federal

El factor nacional no puede desconectarse del catolicismo en el proceso de construcción identitaria de los estados europeos. Y Bélgica es un ejemplo de la importancia de la pugna entre católicos, liberales y socialistas sobre el papel educativo de la Religión y de la lengua vehicular.

Sobre la identidad nacional belga hay dos grandes posiciones académicas: la que habla de la artificiosidad de un país con dos naciones o pueblos diferentes<sup>47</sup>; y la que compatibiliza la existencia de una nación belga con la de otra flamenca<sup>48</sup>. Se inserta en un debate que trasciende fronteras y entronca con tesis ya clásicas, en torno a la nación y al nacionalismo, que han tenido un desplazamiento desde los enfoques objetivos – basados en la lengua, etnia o territorio – y subjetivos – centrados en la conciencia de pertenecer a una comunidad política – al escenario de las representaciones sociales<sup>49</sup>. Y constituye en la era de la globalización un subproducto más, conectado con otros conflictos europeos que atraviesan la era posnacional<sup>50</sup>.

El Decreto del Gobierno Provisional de 16 de noviembre de 1830 había establecido el monopolio lingüístico del francés para poner las bases de un Estado burgués, unitario y centralizado, con la

---

<sup>46</sup> MARTÍNEZ HOYOS, Francisco, «Art. cit.».

<sup>47</sup> MOLINA ALVAREZ DE CIENFUEGOS, Ignacio, «Integración y desintegración europea. Bélgica en la encrucijada», in *Política exterior*, 21, 120, 2007, pp. 68-69.

<sup>48</sup> STENGERS, Jean, GUBIN, Éliane, *op.cit.*

<sup>49</sup> ROJAS, Reinaldo, «Nación y nacionalismo en el debate teórico e historiográfico de finales del siglo XX», in *Presente y pasado. Revista de Historia*, 9, 2/2004, pp. 73-100. URL < <https://museo-etnografico.com/pdf/puntodefuga/151209rojas.pdf> > [consultado el 1º junio 2021].

<sup>50</sup> JÄGER, Anton, *op. cit.*, p.55.

lengua de las clases acomodadas europeas como refuerzo del sentimiento nacional. Pronto empezaría la primera etapa del movimiento subnacional (1840-1860), llamada de los «literatos» y regionalistas culturales, que terminó con la negativa gubernamental a atender las reclamaciones de la Comisión Flamenca creada en 1856<sup>51</sup>. Si la francofonía explica la precocidad del movimiento flamenco, auspiciado por la elite neerlandófono y la pequeña burguesía, no podemos obviar que entre sus promotores hallamos también a clérigos, para quienes la defensa del flamenco – variante dialectal del neerlandés – estaba en armonía con la piedad popular. Y para ampliar su presión, el movimiento flamenco se abrió a las clases trabajadoras en el segundo tercio del siglo y dio sus frutos. Las primeras leyes lingüísticas consiguieron darle carácter cooficial de hecho al neerlandés-flamenco, una equivalencia lograda en el plano jurídico con la «Ley de Igualdad» de 18 de abril de 1898<sup>52</sup>.

Entre 1890 y 1914 se vislumbra una segunda etapa, con el crecimiento de movimientos organizados en Flandes y Valonia intentando superar los límites de los partidos políticos y conformando un nacionalismo dual en Bélgica. Unas disputas históricas que, en lo sucesivo, sirvieron para canalizar las tensiones nacionales de clase y alimentaron movimientos subnacionales que se representaban mutuamente como el «otro»<sup>53</sup> y no respondían a la versión estereotipada de un «regionalismo civil» valón frente al «nacionalismo étnico» flamenco<sup>54</sup>.

La primera ocupación alemana provocó una división del movimiento flamenco. La mayoría de los civiles prefirieron aparcar las reformas lingüísticas hasta la restauración de una Bélgica independiente. Pero una minoría, jóvenes, de clase media, los «activistas», pactaron con el enemigo para sacar adelante sus reivindicaciones, llegando a crear un Consejo de Flandes, que proclamó una independencia efímera en diciembre de 1917. También en el frente hubo contestación flamenca; el Frontbeweging era un movimiento de motivaciones más complejas que las del activismo, que pedía autonomía para Flandes y una «flamenquización» completa de su vida política, pero fue reprimido y no pudo extenderse por todo el ejército. La aplicación de una dura disciplina desde 1917, para evitar el derrotismo, fue interpretada por los soldados flamencos como un ejemplo de persecución por partida doble, también por ser católicos, ante el rumor del peso de la masonería en la jerarquía militar. Aunque, tras la liberación, hubo nuevas demostraciones de patriotismo y se habló de la existencia del «alma belga», la represión sobre el «activismo» no acabó con él: junto al «frentismo»,

---

<sup>51</sup> SCHELTIENS, Vincent, «Alterity and Nation-building. The image of the national 'Other' in discourses of sub-national movements and institutions in Belgium (1830-2010)», URL: <[https://www.academia.edu/2308985/Alterity\\_and\\_Nation\\_building\\_The\\_image\\_of\\_the\\_national\\_Other\\_in\\_discourses\\_of\\_sub\\_national\\_movements\\_and\\_institutions\\_in\\_Belgium\\_1830\\_2010](https://www.academia.edu/2308985/Alterity_and_Nation_building_The_image_of_the_national_Other_in_discourses_of_sub_national_movements_and_institutions_in_Belgium_1830_2010)> [consultado el 4 febrero 2022].

<sup>52</sup> MABILLE, Xavier, *op. cit.*, pp. 126-198.

<sup>53</sup> SCHELTIENS, Vincent, *Met dank aan de overkant: een politieke geschiedenis van België*, Antwerpen, Pelckmans, 2017.

<sup>54</sup> VAN GINDERACHTER, Maarten, *Le chant du coq. Nation et nationalisme en Wallonie depuis 1880*. Gent, Academia Press, 2005.

suministraron los mitos fundacionales de un martirologio sobre el que construir la identidad nacional. Sus ecos permanecieron entre ciertos sectores de intelectuales, pacifistas y artistas de la vanguardia flamenca, como el Flandes mártir, maltratado y despreciado por el Estado unitario<sup>55</sup>.

Se inicia así una tercera etapa, entre 1920 y 1940, con la formación de partidos nacionalistas y una radicalización política. El Frontpartij, sucesor del Frontbeweging, fue la primera plataforma política flamenca; de fuerte identidad católica y autonomista, se convirtió en la cuarta fuerza parlamentaria en los años veinte. Tras su disolución, la extrema derecha del catolicismo flamenco puso en marcha en 1936 el Vlaamsche Nationaal Verbond, defensor de un estado autoritario pan-neerlandés (*Dietsland*) que englobaría a Flandes y al reino de los Países Bajos. En el otro lado, hubo fórmulas de nacionalismo radical valón, como el *rattachismo* (o *reunionismo*, con Francia), pero también propuestas federalistas<sup>56</sup>.

Mientras, el *Compromis des belges* (1929) había forjado legalmente una sociedad dual. Los años treinta llegaron las grandes leyes del unilingüismo en la enseñanza, la justicia, la administración y la milicia. En 1932 se estableció una frontera lingüística, confirmada en 1963, que partió el país en dos zonas: neerlandesa en el norte (Flandes) y francesa en el sur (Valonia). Unilingüismo regional, fruto de la presión de los nacionalistas flamencos y la complicidad de los francófonos. El bilingüismo quedó limitado a la capital del Reino, Bruselas.

Con el inicio de la institucionalización, vino la cuarta etapa (1960-1980). Se formaron nuevos partidos, tras superar el movimiento nacional flamenco su descrédito durante la ocupación nazi. El *Volksunie*, nacido en 1954, obtuvo sus primeros éxitos electorales. En Valonia surgió un movimiento de masas que desembocó en dos partidos, Rassemblement Wallon y Front des Francophones<sup>57</sup>. A esas alturas, la estructura centralizada y unitaria había dejado de ser viable.

Desde 1970 hasta diciembre de 2011 se abordaron seis reformas constitucionales – la de 1993 desplegó la estructura federal e inició la última etapa –, para dibujar un modelo federal asimétrico, con tintes confederales, de facto, y una realidad cotidiana segregada<sup>58</sup>. El «compromiso a lo belga» es el modelo «consociacional», de consenso ampliado, basado en el reparto de poder entre comunidades etnoterritoriales, como garantía para la convivencia y supervivencia de una comunidad política fragmentada.

Bélgica es definido actualmente como un «Estado federal compuesto por comunidades y regiones» y un complejo sistema de transferencias financieras. Conviven tres realidades: la Valonia francófona, minoritaria demográficamente, que perdió su preeminencia económica; el Flandes de lengua neerlandesa, la mayoritaria; y Bruselas, bilingüe, capital del Reino y de la UE, sede de la

---

<sup>55</sup> STENGERS, Jean, GUBIN, Éliane, *op. cit.*, pp. 171-189.

<sup>56</sup> SCHELTENS, Vincent, *op. cit.*

<sup>57</sup> *Ibidem.*

<sup>58</sup> Cfr. BLAISE, Pierre, SÄGESSER, Caroline, FANIEL, Jean, *Introduction à la Belgique fédérale: La Belgique après la sixième réforme de l'Etat*, Bruxelles, Centre de Recherche et d'Information socio-politique, 2014.

OTAN y de un centenar de instituciones internacionales. Y su estructura territorial contiene «asimetrías institucionales». Desde 1970, hay tres comunidades, con autonomía cultural (flamenca, francesa y germana), cada una con su Consejo Cultural. Y tres regiones (flamenca, valona y de Bruselas), con su Consejo Regional y competencias en materia socioeconómica. Desde 1992 se eligen de manera directa. El Consejo Flamenco engloba al cultural y regional, con 118 miembros, fusionando las instituciones de la comunidad y de la región. Los consejos regionales de Bruselas y el valón tienen cada uno 75. El Consejo de la Comunidad Francófona incluye a los del Consejo Regional Valón y a otros 19 miembros. Por último, el Consejo de la Comunidad Alemana dispone de 25<sup>59</sup>.

¿Y cuáles son sus resultados? Desde el punto de vista económico, la federalización ha ayudado a Valonia, pero no la ha salvado; ha renunciado a las esperanzas de industrialización a cambio de una dependencia estructural de la región respecto de las transferencias federales. En el plano político, al duplicarse los partidos de cada ideología y con un sistema electoral de representación proporcional, suelen obtener representación parlamentaria cinco familias políticas, en su versión francesa y neerlandesa: ecologistas, democristianos, socialistas, liberales y extrema derecha. El federalismo ha permitido que los socialistas francófonos mantengan las estructuras corporativas y que los trabajadores valones hayan quedado más protegidos de la globalización –pues la clase política valona amenazaba con la táctica de la crisis constitucional si el norte renunciaba a su solidaridad—, mientras el sueño gradualista flamenco, de pasar del confederalismo a la independencia, no se ha cumplido<sup>60</sup>. Contradiendo a los augures del resquebrajamiento de Bélgica, el reparto de poder entre las comunidades lingüísticas y la cooperación gubernamental ha conseguido que las elites federales mantengan el compromiso institucional. A cambio, se ha producido un auge de la extrema derecha separatista en Flandes y crisis gubernamentales prolongadas en los últimos años<sup>61</sup>.

### 3.4. Laicidad teórica, multiconfesionalidad en la práctica. Reabriendo debates

La laicidad fue revisada en las reformas constitucionales y todas las enmiendas están incluidas en su última redacción. Su articulado recoge tanto las principales libertades fundamentales reclamadas por el liberalismo – incluida la de cultos – como las principales reivindicaciones católicas: la autonomía eclesiástica del control estatal, la financiación pública y la obligatoriedad de la enseñanza de la religión en la escuela.

---

<sup>59</sup> MÉNDEZ LAGO, Mónica, *op. cit.*, p. 316.

<sup>60</sup> JÄGER. Anton, *op. cit.*, pp. 73-78.

<sup>61</sup> DELWIT, Pascal, VAN HAUTE, Émile, *Les partis politiques en Belgique*, Bruxelles, Éditions de l'Université, 2021.

Frente a laicidad «a la francesa», donde el Estado se abstiene de apoyar culto alguno y apela a grandes principios, la laicidad «a lo belga» nació del clima de consenso fundacional y no se basa en criterios doctrinales sino en el arraigo, la representación y la utilidad social<sup>62</sup>, conjugando la separación parcial entre el Estado y las iglesias con el reconocimiento de ciertos cultos – catolicismo, protestantismo, judaísmo, anglicanismo, Islam, ortodoxia griega y rusa – y la impartición de su educación religiosa en las escuelas públicas, además de la enseñanza de la laicidad una religión más<sup>63</sup>. Pero se ha reabierto un debate académico sobre la pertinencia o no de mantener la enseñanza de la religión y la moral en base al pacto escolar de 1958, dados los profundos cambios producidos por el doble impacto de la secularización y la inmigración<sup>64</sup>.

La controversia se ha extendido a otros terrenos, como la financiación de los cultos. Hay autores que defienden que, en un sentido comparado, la laicidad belga, basada en un reconocimiento interreligioso, es, tras la francesa, la que más ha introducido las demandas del laicismo<sup>65</sup>. Pero las asociaciones laicistas discrepan: califican este modelo de multiconfesional. Aunque el pluralismo religioso legal pudiera reflejar la complejidad de las creencias en Bélgica, el reparto presupuestario no responde a criterios rigurosos. En este sentido, se han ofrecido propuestas para evitar la discriminación entre las diferentes comunidades religiosas desde una perspectiva laica<sup>66</sup>. Porque la gran beneficiada es la Iglesia católica (con nueve de cada diez euros), mientras el culto islámico y la moral laica son los grandes perjudicados, pues el presupuesto les otorga una tercera parte de lo que les correspondería en función del porcentaje de musulmanes, en el primer caso, y de ateos y agnósticos, en el segundo<sup>67</sup>. Otros temas controvertidos, propios de una era postsecular, son la relación entre ley y religión en sociedades multiculturales, así como cuestiones de bioética, de simbología religiosa o de acceso a los espacios laicos<sup>68</sup>.

Las tensiones en torno a la laicidad han resurgido también en la política belga reciente<sup>69</sup>. Especial relevancia tuvo una iniciativa parlamentaria, iniciada en abril de 2009, para prohibir el velo integral islámico (*niqab*) en el espacio público, que planteó el debate en términos de islamofobia, por un lado, e identitarios, por otro, y se inserta en uno más general sobre la presencia de signos religiosos en aquél; tras sufrir un aplazamiento, por una crisis gubernamental, y aprobarse en junio de 2011,

---

<sup>62</sup> SÄGESSER, Caroline, *op. cit.*, pp. 91-104.

<sup>63</sup> CARMONA FERNÁNDEZ, Francisco José, *op. cit.*, pp. 46-47.

<sup>64</sup> LOOBUYCK, Patrick, SÄGESSER, Caroline, *Le vivre ensemble à L'école*, Bruxelles, Centre d'Action Laïque, 2014.

<sup>65</sup> DÍAZ-SALAZAR, Rafael, *España laica. Ciudadanía plural y convivencia nacional*, Madrid, Espasa, 2008, p. 116.

<sup>66</sup> SÄGESSER, Caroline, *Le prix de nos valeurs : financier les cultes et la laïcité en Belgique*, Bruxelles, Centre d'Action Laïque, 2010.

<sup>67</sup> HUSSON, Jean François, «Le financement public des cultes et de la laïcité», in *Politique, revue de débats*, 52, 2007, pp. 14-17.

<sup>68</sup> LÖWENTHAL, Paul, *L'État laïque vu par un catholique*, Bruxelles, Labor, 2004, pp. 5-88.

<sup>69</sup> LÓPEZ VILLAVERDE, Ángel Luis, «“Uno para todos, todos para uno”. La laicidad belga frente a la aconfesionalidad española», in TORRES, Juana, ACERBI, Silvia (eds.), *La religión como factor de identidad*, Madrid, Escolar y Mayo, 2016, pp. 241-254. El seguimiento puntual se puede seguir con los informes anuales de la Universidad Libre de Bruselas. Cfr. URL: < <https://difusion.ulb.ac.be/vufind/Record/ULB-DIPOT:oai:dipot.ulb.ac.be:2013/334063/Holdings> > [consultado el 2 de noviembre de 2021].

ha sido avalada por el Tribunal Europeo de Derechos Humanos en julio de 2017, cuya sentencia niega que vulnere el Convenio Europeo. No menos destacada fue la ofensiva policial contra obispos y curas pederastas en abril de 2010, tras las numerosas denuncias de abusos a menores en todas las diócesis y la sospecha de que la Iglesia belga había mantenido durante décadas la ley del silencio. La indignada reacción vaticana provocó el archivo de una investigación que lleva ya varios años esperando una sentencia del Tribunal de Estrasburgo, al que trasladaron la denuncia las víctimas, cuyo número se fue incrementado entre 2012 y 2015 hasta alcanzar el millar de afectados.

## 4. Conclusiones

Se han repasado las líneas de fractura en la historia de Bélgica. La primera se estableció en torno a la cuestión religiosa. Durante el «unionismo», los católicos belgas habían ayudado a consolidar la independencia a cambio de pactar una neutralidad religiosa con los liberales, pero alimentaron una división durante el «postunionismo» sobre el eje «clericalismo-anticlericalismo» contra sus antiguos aliados, con la escuela como principal campo de batalla. Cuando el catolicismo político consiguió unificarse y se consolidó un cierto equilibrio de fuerzas entre las elites gobernantes, surgieron nuevos actores que renovaron los términos del conflicto. Este segundo clivaje, en torno al eje «trabajo-capital» o la clase social, enfrentó a los católicos con los socialistas, contra quien decidieron competir en las fábricas con sus propias armas, la movilización y la organización de obras sociales y económicas, y convivió con el clivaje religioso hasta que este quedó aparentemente cerrado con el «pacto escolar» de 1958. Paralelamente había crecido una tercera línea de fractura, «étnico-lingüística», relativa al factor identitario o regional, que venía gestándose décadas atrás y encontró su ventana de oportunidad desde los años cincuenta del siglo XX, por los cambios demográficos y económicos del país. Este último clivaje fracturó todos los partidos nacionales existentes, también a los católicos, contribuyendo a cambiar la estructura territorial del país, desde el unitarismo hasta el federalismo, y a debilitar el proceso de la «pilarización», que había sido la base de la vida social y política hasta entonces.

En todos estos clivajes, el factor católico desempeñó un papel protagonista, jugando sus bazas en «guerras culturales» sucesivas, pues estaba en juego la hegemonía cultural. No obstante, cabe calificar las de Bélgica de baja intensidad, sin la violencia de otros lares, por el equilibrio de fuerzas y la moderación de sus respectivos marcos, bajo el paraguas de una laicidad y una cultura del pacto como factores de cohesión.

Aunque parecían superadas de manera consensuada y resueltas en sucesivas reformas constitucionales, en los últimos años se han reabierto algunos flecos, con debates en torno al reparto del presupuesto de cultos y al papel de las religiones públicas que, sin negar la originalidad del factor católico belga, cuestionan su excepcionalidad y alimentan su interés historiográfico en torno al giro transnacional del hecho religioso.

## EL AUTOR

**Ángel Luis LÓPEZ VILLAVERDE** (Almagro, 1963) es Licenciado en Historia Contemporánea por la UCM (1986), Doctor en Historia por la UCLM (1994) y Profesor Titular de Historia Contemporánea por la UCLM desde junio de 2003. Ha impartido docencia en la Facultad de Ciencias de la Educación y Humanidades desde 1999 a 2010 (de la que fue Secretario Académico entre 1999-2004) y en la de Periodismo (desde 2010 hasta 2022), de la que ha sido Secretario (2010-2016) y Decano (desde 2016). Sus líneas de investigación son la II República, la Historia religiosa, la cultura de la memoria y la microhistoria de la violencia política. Es académico de la RACAL (Real Academia Conquense de Artes y Letras) desde 2017 y uno de los fundadores de la Academia de Ciencias Sociales y Humanidades de Castilla-La Mancha.

URL: < <http://www.studistorici.com/progett/autori/#LopezVillaverde> >